

Tormentos asociados a los placeres del cuerpo: el abate Giambattista Casti¹

Marcial CARRASCOSA ORTEGA

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

Giambattista Casti, un abate libertino del siglo XVIII, probador de todo tipo de placeres durante gran parte de su vida, se vio afectado por la cruel enfermedad de la sífilis. Aquí pretendo hacer un seguimiento de las fases evolutivas, del tratamiento y posterior curación de la enfermedad –aunque no estamos ante un compendio médico–, para ver en qué medida la sífilis afectó a su calidad de vida, siempre a través de menciones –a veces muy detalladas– del propio abate recogidas en su *Epistolario*.

Palabras clave: Casti, sífilis, Kaunitz, tratamiento médico, voz.

ABSTRACT

Giambattista Casti, licentious abbé from XVIII century, loved all kind of pleasures during most part of his life, and suffered from syphilis. In this article I pretend to go through the evolution, treatment and recovery from his illness– however this is not a medical coursebook–, to understand how syphilis affected his quality of life, always mentioning –sometimes in a very deep detail– from Casti himself collected in his “*Epistolario*”.

Key words: Casti, Syphilis, Kaunitz, Medical treatment, Voice.

¹ No quisiera comenzar sin expresar mi gratitud a la Profesora Ángeles Arce, que en cierto modo ha sido la ‘madrina’ de este artículo, puesto que ella fue quien me sugirió trabajar en este tema y me proporcionó diversos materiales, como el *Epistolario* de Casti, sin los cuales la elaboración de este trabajo hubiese resultado imposible, dada la escasez de datos y publicaciones al respecto. Del mismo modo, agradezco enormemente a mi buen amigo el Dr. David Palacios, la ayuda prestada en temas de medicina que me resultaron difíciles de abordar, dado mi escaso conocimiento de la materia.

*Rebus in adversis animum submittere noli.
Spem retine: spes una hominem nec morte reliquit.*

(“En las adversidades no desmaye tu ánimo.

Conserva la esperanza, única compañera del hombre hasta la muerte”)

Disticha Catonis, Liber II, 25

(Traducción de Valentín García Yebra).

Tratar la figura de Giambattista Casti (Acquapendente o Viterbo 1721 ó 1724² - París 1803) en alusión al mundo de los sentidos, suele resultar a menudo un verdadero placer, más aún si cabe cuando él fue precisamente durante gran parte de su vida un ‘degustador’ de todo tipo de placeres. Y, en este sentido puede parecer *a priori* extraño que yo no asocie en este caso la figura del abate libertino al ámbito del hedonismo, ya que es mi intención centrarme en una parte de su vida en la que se vio afectado por la sífilis³, una cruel enfermedad casi siempre mortal, que acompañada por terribles dolores, sólo podía mitigarse mediante complicados tratamientos. En este caso, pues, placer y tormento van a ir intrínsecamente asociados, ya que el goce sexual facilitaría el contagio del mal venéreo.

En este trabajo trataré de hacer un seguimiento de la evolución y posterior curación de la enfermedad, para ver en qué medida la sífilis afectó a su calidad de vida, a través de menciones recogidas en el Epistolario de Casti. Se trata de diversas cartas dirigidas a un reducido número de amigos con los que tiene mucha confianza, y donde el abate romano cuenta, a veces muy detalladamente, los avatares y el tratamiento de su dolencia. No se tratará de exponer aquí un compendio médico sobre la

² No ha quedado suficientemente clara la fecha ni el lugar de nacimiento de Casti, debido a que aparecen múltiples documentos que llevan a la confusión. Incluso el propio Casti a veces ‘juega’ con su edad en función de su conveniencia. Sería necesario matizar que se barajan estas dos fechas para situar el nacimiento de Casti. La única utilizada por los biógrafos, críticos y editores de sus obras es la de 1724, fecha en la que Giambattista Casti es bautizado. Hasta hace apenas unas décadas era costumbre bautizar a los niños a los pocos días de su nacimiento, dada la enorme mortalidad infantil existente, pero a pesar de esto, no podemos asegurar que Casti naciese en ese año. Existen numerosos indicios que declinan como más probable la fecha 1721, dado que numerosos testimonios de contemporáneos y del propio Casti nos indican que a su muerte ya era octogenario, y rondaba la edad de 82 años. Véanse al respecto, los interesantes y documentados artículos de Ángeles Arce (1997:145-146; y el de 2000, en su totalidad).

³ La sífilis –que muchas veces se confundió en la Edad Media con la peste– es una enfermedad propiamente humana, venérea, contagiosa y crónica que se transmite a través del contacto de las mucosas y cuyo agente etiológico es la *Spirochaeta pallida* o *Treponema pallidum*. La sífilis se propagó bruscamente por Europa tras el infructuoso sitio de Nápoles en 1495 por las tropas francesas de Carlos VIII. De ahí el nombre de “morbo gallico”, “mal francés” y también “mal de Nápoles”. El nombre de *sífilis* procede de un poema del poeta y médico veronés Girolamo Fracastoro (1478-1553), que a su vez se inspiró en el libro VI de las *Metamorfosis* de Ovidio. En la obra aparece un pastor con el nombre de *Sipylus* al que Apolo castigó, junto a otros probables descendientes de los hombres de la Atlántida, con esta terrible enfermedad entonces casi desconocida, por llevar una vida deshonesta y llena de vicios, así como por sacrificar unas aves sagradas. Apolo los maldijo y les envió la horrible enfermedad contra ellos y su pueblo.

sífilis, ya que no me parece el lugar adecuado, pero aunque lego en la materia, intentaré aportar algunos datos relevantes y curiosos acerca del “mal francés”, con la intención de comparar los métodos de curación empleados en el siglo XVIII con los que se practican en la actualidad.

Al igual que la propia sífilis, nuestro protagonista puede resultar para muchos un personaje prácticamente desconocido, por lo que no estaría de más una breve presentación. Giambattista Casti fue un abate romano, asiduo acompañante de diplomáticos y políticos en sus viajes, además de un literato culto, autor de libretos, un ameno tertuliano y recitador de sus propios versos. Hasta aquí podríamos pensar en Casti como en el modelo humano que persigue toda sociedad, un modelo rebosante de valores positivos. Pero del mismo modo que poseía estos valores, también era conocido como libertino, seductor y, como ya dijimos, ‘probador’ de todo tipo de placeres, circunstancias que le hicieron merecedor de una cierta ‘mala fama’, dada su condición de eclesiástico⁴. Fue, en efecto, un personaje controvertido⁵, autor de fábulas y relatos en verso, muchas veces tildados de licenciosos y obscenos. Recibió duras críticas de algunos de sus contemporáneos, y muchos se acercaron a él con cierto recelo y sin querer dejar constancia evidente de su relación, por las consecuencias negativas que pudieran ocasionarles⁶. Sus comentarios, a veces inoportunos, fueron la causa de su expulsión de algunas cortes europeas, pero a Casti todo esto no pareció afectarle demasiado⁷.

En 1781, a la edad de 60 años y bajo los auspicios de José II de Austria, Casti emprende un viaje por la Península Ibérica, como acompañante de la delegación

⁴ Bien es cierto que Casti no tuvo nunca una verdadera vocación para ser abate, sino que siendo aún muy joven se dejó llevar por las recomendaciones de su familia, que tenía entre sus miembros al Canónigo de la Catedral del *Santo Sepolcro* de Acquapendente, ciudad en la que fue bautizado por este familiar.

⁵ Pese al gran éxito que tuvieron sus obras entre el público, tanto en Italia como en el panorama europeo, no se ha reconocido a Casti como uno de los grandes poetas del *Settecento* italiano, dada la temática y el tono ‘heterodoxo’ de sus obras. De forma injusta se le ha condenado y relegado a un segundo o tercer plano en la historia de la literatura italiana por lo que resulta actualmente un gran desconocido, pese a que en su tiempo fue un personaje muy popular. Prueba de ello es sin duda una anécdota que le ocurre a Casti cuando llega a París en 1798 y la policía lo interroga acerca de quienes son sus conocidos en esta ciudad. Casti les responde:

“*Le ministre de l’Intérieur, le Directeur Barras, le citoyen Le Couteux, le Représentant Saliceti, et tout les corps diplomatique italiens, et beaucoup d’hommes de Lettres*”. (Fallico, 1984:147).

⁶ En el *Epistolario* (Casti, 1984) publicado por Fallico hasta este momento, se recogen 371 cartas solamente –sumando tanto las escritas por Casti así como las recibidas–, y en mi opinión debieron existir muchas más. Por ejemplo, resulta muy extraño que de toda la década de 1760 sólo se conserven 21 cartas. No resultaría descabellado pensar que la mayor parte de ellas se destruyeron intencionadamente para evitar posteriores problemas, dada la personalidad conflictiva y polémica del autor.

⁷ No sólo sus comentarios públicos le acarrearón problemas. Sus obras, en general, fueron igualmente muy criticadas. Las *Novelle Galanti*, por ejemplo, fueron tachadas de licenciosas y obscenas, lo que dio lugar a que apareciesen numerosas ediciones ‘piratas’, con relatos añadidos, más obscenos todavía que los del propio Casti. Este hecho provocó tal revuelo que hacia 1800 el propio autor escribió una *Protesta* que encabezaría las sucesivas ediciones de sus cuentos, para hacer ver que algunas de las novelas no eran suyas y así defenderse de todas las acusaciones que se proferían en su contra. En el *Poema Tartaro* Casti había denunciado la forma de actuar de Catalina II, zarina de Rusia, a la que acusa de engañar a políticos e intelectuales contemporáneos. En palabras de Casti, Rusia era para Europa “una contagiosa cancrena” (Nigro, 1979: 29).

diplomática austriaca. El embajador de Viena en Madrid era en ese momento Joseph Kaunitz⁸, con el que Casti va a mantener un abundante intercambio epistolar así como una intensa amistad ya que a él le confesará muchas intimidades, incluyendo la sucesiva evolución de la enfermedad, a la que nunca mencionará con el nombre de sífilis, pese a la confianza existente entre ambos.

Durante este viaje, Casti visita Madrid, Extremadura, el centro y sur de Portugal, y finalmente llega a Andalucía. El día 4 de septiembre de 1781, desde Cádiz, Casti menciona en una de estas cartas a Kaunitz que desde hace algunos días se siente mal, está débil, aunque no cree que sea debido al clima o a alguna epidemia, ya que en ese caso debería haber sido informado por su amigo diplomático. Desde su llegada a la ciudad, a mediados de junio, no había notado nada extraño, dando a entender que ese malestar afectaba también a otras personas del grupo. Sin embargo, como veremos, se tratará de las primeras manifestaciones de la enfermedad⁹:

Perchè son io sì abbattuto e rifinito da alcuni giorni in poi? Molti si lamentano spesso dello stesso debilitamento e vogliono che sia effetto del clima, dell'aria, del caldo, del vento e che so io. Io sarei peraltro contentissimo d'ignorare le cause, purché ne ignorassi anche l'effetto. (Casti, 1984: 200).

Casti embarca de regreso a Italia el 7-X-1781, y tras una larga y tortuosa navegación llega a Génova el 13-XI-1781. Transcurridos dos meses desde aquel malestar inicial advertido en Cádiz, ya en Génova Casti empieza a notar partes de su cuello hinchadas y a sentir picores en la garganta, síntomas inequívocos de la enfermedad. Lo expone en una carta dirigida a Kaunitz (Génova, 3-XII-1781):

[...] Dopo alcuni gonfiori che mi vennero esternamente al collo sul fin della mia navigazione, questi svanirono e presentemente la gola mi picca un poco internamente, ma questi professori pretendono non sia nulla. Del restante sto bene. (Casti, 1984: 242).

Pasada una semana, una gran úlcera le invade la úvula, dificultándole en gran medida el comer y beber, e incluso hablar o escupir, aunque gracias a unos enjuar-

⁸ Joseph Kaunitz-Rietberg (1743-1785) fue embajador de Austria en Madrid en el periodo que abarca desde el mes de mayo de 1780 hasta octubre de 1784. Para un seguimiento más profundo de los avatares de la política austriaca en Madrid durante esos años, resulta de especial interés la consulta de la monumental obra de Juretschke y Kleinmann (1970-1988) que versa acerca de los representantes diplomáticos austriacos en tiempos de Carlos III. Véanse especialmente los tomos VIII, IX y X, que recogen el periodo en el que Kaunitz regentó la embajada en Madrid.

⁹ A estas alturas de viaje, Casti ya había insinuado en cartas anteriores que, de haber podido, habría tenido relaciones con algunas damas. Extremadamente significativo es el siguiente extracto, tomado de una carta dirigida a Joseph Kaunitz el 5-IV-1781 desde Badajoz: “[...] Poco più in là v'è la Posata. Non ho veduta mai gente più allegra e contenta. La padrona è catalana, la serva viva e passabile. Si domandò s'era maritata. Rispose di no, ma il padrone soggiunse ch'era entrata nella canicola d'aprile perché ogni mese avea per lei una canicola. S'io fossi restato colà, la notte mi sarei provato d'entrare anch'io in canicola”. (Casti, 1984:120).

gues consigue mitigar algo el avance y empeoramiento de la úlcera. El médico le dice que cree que en un par de días estará en disposición de curarse, y aunque tiene algo de fiebre, podrá volver a emprender su viaje hacia Milán. En estos términos Casti se dirige al mismo interlocutor (Génova, 10-XII-1781)¹⁰:

[...] *Si è differito un par di giorni di più in grazia della mia gola, perché divenne un affare alquanto serio, cioè una bella e maiuscola ulcera alla radice dell'ugola, che m'impedisce di mangiare, bere, parlare e sputare. Ieri era tutta bianca, oggi a forza di gargarismi s'è tolta quella patina, o sia crosta, ed è divenuta rossa: il che la rende più scoperta e in conseguenza più sensibile, ma più vicina a la guarigione. Il medico pretende che dopodomani l'incomodo del dolore sarà notabilmente cessato e che potrò senza alcun rischio pormi in viaggio colle debite cautele, ecc. [...]* Onde son omai sei giorni che mi son ritirato affatto in casa, obbligato anche a restar molto a letto. [...] *A Milano io penso di far qualche cura più seria e metodica, se si crederà necessaria o almeno espediente.* (Casti, 1984: 244-245).

Casti, como ya se ha dicho, era un personaje bastante conocido, tanto en ambientes políticos como en tertulias sociales. Durante esa estancia 'obligada' en Génova, se difundió rápidamente la noticia de su repentina enfermedad, aunque bien es cierto que no se divulgó que se trataba de la sífilis. Es el caso, por ejemplo, de Emilia Imperiali Sante que envía a Casti una carta desde la propia ciudad de Génova interesándose por su salud, y le comenta que el mal que tiene en la garganta quizá se debiera al esfuerzo que continuamente el abate hacía al recitar sus versos¹¹.

A principios del mes de enero de 1782 Casti se encontraba ya en Milán, alojado en casa de su amigo Angelo Serponti¹², y en manos de prestigiosos médicos, ya que en Génova los doctores no habían sabido diagnosticarle correctamente su afección laríngea, y además el abate se lamentaba con Kaunitz de que el trato personal no había sido del todo bueno (Milán, 2-I-1782):

[...] *La speranza che fosse un incomodo passeggero ci trattenne per mia disgrazia una dozzina di giorni di più in Genova, ove i professori mettevano sino in questione l'esistenza del male, e in una casa ove si moriva di freddo e di seccanti atten-*

¹⁰ Todo parece corresponder con el desarrollo 'normal' de la enfermedad, cuya incubación puede oscilar entre 10 días y tres meses, seguida en su primera fase de una lesión o chancro de inoculación, que suele ser indoloro, aunque no lo fuese totalmente en el caso de Casti. La fase inicial suele durar unas dos semanas como máximo, aunque si no se recibe un tratamiento adecuado durante este periodo, la enfermedad evolucionará a una fase secundaria más severa.

¹¹ En la carta, fechada el 11-XII-1781, la dama dice: “[...] *Non so se l'incomodo ch'ella sofre sia cagionato dal troppo sforzo fatto nel recitare le sue leggiadre composizioni o dalla commozione in lei eccitata da tante dame di spirito, che si sono fatte un piacer d'ascoltarla*”. (Casti, 1984: 247).

Las composiciones a las que se refiere Emilia Imperiali Sante podrían ser las primeras *Novelle Galanti*, o esbozos de las mismas. En una carta dirigida a Kaunitz, y fechada en Viena el 25-XI-1783, Casti habla de sus *Novelle*, por lo que no es descabellado pensar que ya un par de años antes se hubiesen difundido algunas de ellas en las tertulias a las que Casti acudía con asiduidad.

¹² Angelo Serponti (1750-1802) era un noble adinerado asentado en Milán. En todo momento proporcionó ayuda a Casti durante el tratamiento de su dolencia, hospedándolo en su casa y proporcionándole los servicios de los mejores médicos.

zioni, avendomi collocato nell'appartamento della sposa, sicché ero impaziente di partirne. (Casti, 1984: 248).

La situación se va agravando, puesto que la enfermedad avanza con rapidez y las úlceras le han comenzado a destruir muchas partes internas de la garganta, con una tos que le produce incesantes molestias, y un constante picor que le irrita la garganta. El paciente está sujeto a una dieta higiénica muy severa, por lo que tiene que bañarse dos veces diarias¹³ y empieza el tratamiento consistente en la aplicación de enjuagues de cloruro de mercurio¹⁴ junto con el empleo de pomadas y emplastos. Así le refiere Casti a Kaunitz en la misma carta:

[...] il male, le purghe, i salassi, i deliqui, la strettissima dieta, li due bagni che prendo ogni giorno non mi lascian né tempo né forza per lungamente scrivere. [...] dirò che il palato, l'ugola e una gran parte della gola che si vede è esulcerata e infiammata, oltre quel che non si vede: ciò mi dà della tosse, del dolore e delle acute piccature in gola, m'impedisce di parlare e mi dà infinita pena nell'inghiottire perfino i fluidi. (Casti, 1984: 248).

En la misma carta Casti cuenta a Kaunitz que ha sido advertido por los médicos de que si la enfermedad no remitiese, sería necesaria una intervención quirúrgica¹⁵, además de que su voz se vería bastante afectada, y eso en el mejor de los casos, porque tiene posibilidades incluso de perderla. El tratamiento completo había de durar de dos a tres meses:

[...] Spero che anche siamo in tempo e che le cose andranno egualmente bene nell'essenziale, ma v'è da temere che gli assetti nasali non ne restino attaccati, nel qual caso, addio, mia bella voce. [...] Ho per mia cura un medico de' migliori, certamente il miglior chirurgo, l'aiuto del chirurgo per li salassi e unzioni, un giovan di spedale, che non deve mai abbandonarmi per osservare esattamente tutti i sintomi del

¹³ Curiosamente, en siglos precedentes, a los pacientes sifilíticos se les aconsejaba no bañarse ni cambiarse de ropa mientras duraba el tratamiento de la enfermedad.

¹⁴ La aplicación del mercurio en pacientes sifilíticos –aconsejada ya desde sus inicios por el citado médico veronés Girolamo Fracastoro–, ha estado vigente durante casi cinco siglos, hasta la Segunda Guerra Mundial. Se aplicaba mediante emplastos, por ingestión o aspirando vapores. La aparición de los antibióticos y la penicilina en 1928 desecharon el empleo del mercurio, bismuto y arsénico, sustancias altamente tóxicas y que muchas veces resultaban más dañinas que la propia enfermedad. El progreso médico, afortunadamente, ha sido muy positivo en este campo, pudiendo servir de ejemplo que Fracastoro recomendaba simplemente hacer ejercicios vigorosos, llevar dietas saludables y comedidas así como la privación de la actividad sexual. Curiosamente, este consejo se relacionaba con el ‘excesivo’ gasto de energía que implicaban las relaciones sexuales y no para evitar el contagio.

¹⁵ Lo que Casti nos dice se corresponde nuevamente con el desarrollo de la enfermedad, que en su fase secundaria, empieza a manifestarse entre seis y ocho semanas desde la desaparición del chancro sifilítico de la primera fase. En el caso de Casti, han pasado siete semanas desde que tuvimos noticia de la dolencia en su primera fase, lo que nos confirma que evidentemente padeció la sífilis. No siempre resultará fácil poder atenderse a las fechas para realizar cálculos de este tipo, unas veces a causa de la escasa información que proporciona el paciente, que no es médico, y otras por la demora en la correspondencia epistolar, muchas veces provocada, como veremos, por las dificultades que acarrea la propia enfermedad.

mercurio e riferirli, e uno o due servitori [...] dovendo la cura durar due o tre mesi.
(Casti, 1984: 248-249).

Según nos consta en el *Epistolario*, pasan cuarenta y dos días hasta que Casti vuelve a escribir. Los médicos se lo habían prohibido, al igual que cualquier otra ocupación, dado su estado de extrema debilidad. En esta nueva carta, dirigida otra vez más a Kaunitz (Milán, 13-II-1782), le explica a su amigo que la úlcera se concentró en las cuatro columnas que rodean la úvula y en el velo del paladar, así como en otras partes delicadísimas que no se ven. La herida se fue nutriendo de muchas partes carnosas y hasta es posible que en algunas zonas fueran visibles las partes óseas. Tras veinte días de tratamiento de gárgaras y ungüentos de mercurio —ya ha tomado 3,5 onzas— bajo la supervisión del doctor Mangiarotti, la úlcera ha mejorado notablemente y la fiebre ha desaparecido, aunque la salivación es muy escasa¹⁶. Comenta Casti que será preciso cortar un pedazo de la úvula en caso de que la curación no sea total, aunque le aseguran que, en el caso de tener que llevarla a cabo, su vida no correría ningún peligro. Se lo ha confirmado el doctor Gallodio, que es uno de los mejores especialistas de Milán. Casti, en tono sarcástico, aunque parece reconocer el verdadero origen de la enfermedad, le dice a su amigo que “*Per ora bisogna far pazientemente penitenza degli antichi peccati*” (Casti, 1984:252).

Con el tratamiento de mercurio aumentó notablemente la salivación, aunque todavía Casti sentía un gran picor en la zona posterior a la úvula, la que a simple vista no puede verse. Poco a poco la situación pareció mejorar con el citado tratamiento, aunque en el mes de abril de ese mismo año, surgió un nuevo brote aún más virulento, que en el espacio de tiempo de dos o tres días destruyó el velo del paladar, la base de la úvula y comenzó a desplazarse hacia la nariz y el oído derecho. La situación de Casti era tan grave que temían que el mal avanzase afectando a los huesos y deformando su rostro por completo por lo que se somete a una delicada operación que, por cierto, le va a salvar la vida. Así se dirige Casti de nuevo a su amigo Kaunitz (Milán, 1-V-1782): “*Confesso che questa disgrazia avvili il mio coraggio, ma fu forza sottomettersi alla dura necessità*” (Casti, 1984: 262).

La recuperación resultó muy lenta y dolorosa, porque el abate tuvo que llevar una dieta muy estricta, a base de leche y caldo y además debió seguir realizando los enjuagues de mercurio y tomar la panacea de un tal Tonesoson¹⁷. Casti no había salido de casa durante cuatro largos meses, y escribía a escondidas porque los médicos le habían prohibido toda actividad intelectual. Incluso no creía que pudiese estar presentable ante el público al menos hasta julio o agosto. Los efectos secundarios fueron tremendamente visibles, ya que a raíz de aquel empeoramiento tan serio, Casti

¹⁶ Tras el decimotercer día de tratamiento, hubo de suspenderlo algunas jornadas, porque los efectos del mercurio eran muy fuertes, a pesar de ser él una persona muy resistente. (Casti, 1984: 252). En cuanto a la salivación, “se estaba en la creencia que el virus venéreo debía expulsarse ya por sudores ya por la salivación, ya por cualquier otro emonuntorio: sólo a este precio se creía obtener una curación radical” (Renouard, 1871: 568).

¹⁷ Esta panacea no era ni más ni menos que un medicamento al que se le atribuían multitud de propiedades curativas. Respecto a Tonesoson, su descubridor o inventor, nada he podido averiguar.

padeció sordera del oído derecho, y lo que es peor, se le quedó la voz nasalizada. Fue entonces cuando el abate comenzó a preocuparse porque se veía incapaz de recitar sus versos en público delante de las damas y temía ser el centro de las risas y las burlas. Casti confiesa a Kaunitz en la misma carta que piensa retirarse a vivir en el campo, en soledad:

[...] *Se il difetto sarà tollerabile, tanto meglio, ma se la mia voce resta come presentemente che parlo come il Pulcinella de' burattini, io penso di ritirarmi dalla società e vivere in campagna.* (Casti, 1984: 262-263).

Atendiendo siempre al *Epistolario*, no tenemos más noticias de Casti hasta pasados cuarenta y dos días. El 12-VI-1782 el abate escribió de nuevo a Kaunitz para informarle de su estado de salud, advirtiéndole que tras medio año sin salir, seguía recluido en casa a pesar de que hacía buen tiempo: “*Ancora son costretto a guardar la stanza, malgrado la bella stagione*” (Casti, 1984: 265).

La salud de Casti todavía no era buena y aunque en la parte visible de la garganta ya no se veía la úlcera, ésta seguía nutriéndose de las partes putrefactas internas y se desplazaba hacia el oído derecho, donde el abate sentía un zumbido continuo que casi lo dejó sordo. Con cierta frecuencia le practicaron intervenciones para ir eliminando la parte carnosa que estaba corrompida, aunque con tan mala fortuna de hallar en los restos de ésta un trozo suelto de hueso saliente, denominado apófisis. Esta pérdida ósea hacía que el aire que entraba por el orificio nasal derecho formase un tono también nasal, sonoro e ininteligible, que afectaba mucho a la voz, empeorándola más aún. Casti, moralmente bastante hundido, llegó a pensar que su voz ya no sería apta para recitar los versos en las tertulias, rodeado de damas, por lo que tenía pensado descansar en Castel Nuovo y apartarse de la vida pública.

Kaunitz respondió a Casti en otra carta¹⁸ (San Ildefonso (Segovia), 2-VII-1782), animándole de que aunque de momento no se notase una mejoría, afortunadamente ya no se observaba un empeoramiento y, por tanto, había que tener esperanzas en la curación. El embajador dio ánimos a Casti y le apoyó firmemente en su idea de retirarse a Castel Nuovo para terminar allí la curación.

Transcurrido un mes desde la última carta citada de Casti a Kaunitz, poco a poco las molestias fueron desapareciendo y no parecía que el abate sufriese una tercera erupción. Le preocupaba mucho la sordera del oído derecho, que parecía definitiva. Por lo demás, el aire del campo le había ayudado notablemente en su restablecimiento y ya ingería alimentos sólidos. Casti había recuperado milagrosamente casi la antigua figura, había salido de casa a dar paseos en carroza e incluso había asistido un par de veces al teatro. Así lo refería el abate a Kaunitz (Milán, 17-VII-1782):

¹⁸ La correspondencia epistolar entre Casti y Kaunitz es la más numerosa que se recoge en el *Epistolario*, con un total de 62 cartas. Lo que llama la atención es la proporción de cartas que escribe cada uno. Aunque Casti hace mención muchas veces a las cartas que recibe de su amigo Kaunitz, curiosamente ésta es la única en la que el abate hace las funciones de receptor. De un total de 62 cartas recogidas en el *Epistolario*, tan sólo una está escrita por Kaunitz.

[...] *Io intanto vado recuperando le mie forze e la mia umana figura, quantunque senta puranche in gola una specie di gnocco e d'orlo, ma non mi par di natura da minacciare una terza eruzione, perché né duole né picca più. Circa alla voce poco o piuttosto nulla ha migliorato, e poco o nulla v'è da sperare che migliori. [...] Di più, sono sordo da un orecchio. [...] Intanto son otto o dieci giorni che esco in carrozza, e anche qualche volta a piedi. Mi è stata concessa la libertà di nutrirmi un po' più abbondantemente e con maggior varietà di cibi, eccetto sempre il porco e carni grasse, aromi e vino.* (Casti, 1984: 272-273).

Durante el verano, Casti salió de Milán y se trasladó a las inmediaciones del lago de Como, donde trató de relajarse y disfrutar del buen tiempo y del aire libre, tan añorados durante los pasados meses. En ese periodo mantuvo intensa correspondencia epistolar con Antonio y Paolo Greppi¹⁹, que junto a Kaunitz fueron las personas en las que Casti depositó su confianza.

En octubre de 1872, sin poder precisar el día exacto, Casti escribió de nuevo a Kaunitz²⁰, le contó algunos episodios relacionados con las enfermedades venéreas, aunque curiosamente no aludiendo a sí mismo, sino al hermano del conde de Belgioioso²¹, que vivía en Milán, como Casti, e igualmente estaba afectado por la sífilis. El conde había enviado desde Bruselas al prestigioso doctor Paulini, especializado en este tipo de enfermedades, para curar a su hermano, el príncipe. Este médico daba al paciente una especie de jarabe que en poco tiempo hacía que el enfermo mejorase muchísimo. Casti, que no quiere reconocer abiertamente su enfermedad, añade:

[...] *Onde vi son molti, e inclusiva la stessa casa Belgiosa, che vorrebero far intraprendere anche a me questa novella cura, ma a me pare il più assurdo pensiero del mondo: questo sarebbe, como suol dirsi, mostarda dopo desinare.* (Casti, 1984: 293).

¹⁹ Antonio y Paolo Greppi eran miembros de una noble familia procedente de Bérgamo. El primero, el conde Antonio Greppi (1722-1799) destacó como excelente agente financiero, que comerció con los gobiernos más importantes de toda Europa, lo que le reportó grandes beneficios económicos. En 1756 se le concedió la ciudadanía milanesa y posteriormente, en 1778, fue nombrado diplomático en la Lombardía austriaca. El segundo, Paolo Greppi (1748-1800) era hijo del anterior. En sus primeros años se dedicó al comercio, influido por su padre, y estuvo asociado a la casa comercial Agazzini, que operaba en Cádiz. Posteriormente, en 1774 fue designado Cónsul General del Imperio austriaco en Cádiz, cargo que desempeñó hasta 1788, fecha en que se trasladó a Madrid para continuar con los negocios financieros. Pasó sus dos últimos años en París, ciudad que albergaba ya por entonces al propio Casti. Al respecto de Antonio y, sobre todo, de Paolo Greppi consúltese la obra citada de Juretschke y Kleinmann (1970-1988).

²⁰ Esta extensa carta (Casti, 1984: 293-296), que en el *Epistolario* figura como la número 78, no se conserva completa. Faltan tanto la parte inicial como la parte final, de ahí que no podamos concretar el día exacto en que se escribió. Tampoco parece posible precisar la extensión de texto que se ha perdido. Sin embargo, atendiendo a las alusiones, no resulta complicado determinar que va dirigida a Kaunitz.

²¹ Ludovico Belgioioso (1728-1801) era un conocido diplomático de la época. En el momento en que alude Casti, ocupaba el cargo de Ministro Plenipotenciario austriaco y era también Vicegobernador de los Países Bajos. Su hermano Alberico Belgioioso (1725-1813), Príncipe del *Sacro Romano Impero* (S.R.I.), ostentaba además innumerables títulos nobiliarios, algunos de ellos fruto de los matrimonios concertados de sus antepasados y otros otorgados a su familia desde la Edad Media. En palabras del propio Casti, este Príncipe estaba afectado por “una lunghissima e quasi disperata malattia venerea di sette o otto anni” (Casti, 1984: 315).

Transcurrido un año desde la aparición de los primeros síntomas, la voz del abate había mejorado bastante y eso le dio ánimos para recabar información acerca de los diferentes métodos existentes que se seguían para restituir la voz totalmente, incluso en el extranjero. Casti, a través de algunos amigos franceses, se enteró de que en París, un tal Mitier fabricaba unas láminas de plata que podían colocarse en el lugar donde falta el velo del paladar, y propiciaban la restitución de la voz. Así se lo cuenta a Kaunitz (Milán, 27-XI-1782):

[...] *Nella general premura che si son dati pel ricovramento della mia voce non solo gli amici, ma tutti quelli che hanno della bontà per me, scrivendo e prendendo informazioni e consulti sì in Francia che in Inghilterra, si è trovato che un tal Mitier in Parigi faceva certe lamine d'argento che, applicate ove manca il velo palatino, rendono, secondo si dice e si pretende, la chiara favella a chi l'avesse perduta.* (Casti, 1984: 297).

Afirmaban también que un médico inglés llamado Bathth realizaba “un simile miracolo d'arte” en su consulta de Génova, aunque Casti decidió que no viajaría a esta ciudad, sobre todo, después de los malos momentos que pasó allí. Entonces, el doctor Moscati²², otro médico de Milán amigo de Casti, le aconsejó que introdujese un tapón de esponja en la nariz, para evitar la disipación del aire y así recuperar la voz. Según el doctor, en poco tiempo se curaría la zona afectada, recordando el tono vocal y la respiración, y de este modo evitaría el empleo de las molestas láminas de plata. Casti se sometió a este experimento, que en un principio resultó satisfactorio, aunque hubo de suspenderse porque la esponja se corrompió a los tres días, exhalando olores fétidos e infectando más aún la zona. Para curar esta nueva infección, Casti tuvo que realizar enjuagues de una ‘pócima’ compuesta de cebada y miel rosada. Así lo comenta el propio Casti a Kaunitz en la misma carta:

[...] *In questo mentre il mio buon amico, il bravo dottor Pietro Moscati, volle tentare d'introdurmi un pezzo di spugna nel dutto nasale per impedire la dissipazione e lo sfiatamento dell'aria per le narici. E difatti mediante questo turacciolo io recuperai ben tosto la voce, ben distinta e senza la minima difficoltà nella respirazione, nella formazione e articolazione delle parole, prescindendo quel tal quale incomodo che deve dare il continuo contatto d'un corpo straniero, introdotto a forza ecc., che, finalmente non è grande, e inoltre un tuono di voce rauca e cupa come di persona infreddata, ma, torno a dire, assai distinta e spedita. Io ricevetti a quest'occasione più congratulazioni e più felicitazioni da questi buoni Milanesi, utriusque generis, che una bella e giovine sposa. [...] Tutto andava felicemente. Ma l'inconve-*

²² Pietro Moscati (1739-1824) fue uno de los mejores médicos de Italia en su tiempo. Por lo que respecta al tema de la sífilis, le debemos sobre todo importantes estudios acerca de la transmisión, tanto en la sífilis adquirida como la congénita, así como una serie de tratamientos higiénicos para evitar la difusión de este mal. Combinó su labor de médico ejemplar con la docencia en diversas universidades como las de Pavía o Milán, donde ejerció como catedrático de anatomía y cirugía. En los últimos años de su vida recibió multitud de condecoraciones importantes, como la Legión de Honor francesa, y ejerció diversos cargos de Estado, hasta que su delicada salud le obligó a abandonar todas estas actividades.

niente che si era temuto e preveduto, cominciò difatti a manifarsarsi il terzo giorno. La spugna, inzuppata di mucco e d'altra materia, cominciò a riscaldarsi e a corrompersi e a gettare un fetido odore di cui io ben m'accorsi, ed altri m'avvertirono. Fu dunque d'uopo toglier la spugna che si trovò fetida, corrotta da una parte, e che avea cagionato un poco di escoriazione nella pelle, ove toccava la parte corrotta, che è stata ben tosto rimarginata con soli gargarismi di decotto di orzo con miele rosato. (Casti, 1984: 298).

A los pocos días, de nuevo el doctor Moscati volvió a introducir en la nariz del abate otra esponja nueva, aunque ahora aparecía recubierta por una goma diluida con éter, que la hacía incorruptible. El nuevo remedio tampoco surtió el efecto deseado y finalmente Casti no renunció a emplear el método de las láminas, aunque los médicos de Milán le hicieron desistir de su idea y determinaron que este remedio podía resultar peligroso debido a los posibles cortes provocados por las finísimas láminas.

El problema que Casti tenía con su voz empezó a ser una cuestión de fuerza mayor para los médicos, que estaban muy preocupados y decidieron que había que seguir intentando buscar la curación, voluntad a la que el abate en ningún momento se opuso. Sometieron a Casti a una última prueba para intentar restablecer la voz, quizá la más radical de todas, aunque anteriormente, y para evitar problemas, habían probado los efectos en un perro²³. En verdad, el tratamiento no resulta del todo claro, dado que el texto de la carta, fechada en Milán, en 1782 (Casti, 1984: 301-302), comienza *in media res*, y desconocemos la información precedente, donde Casti debió aclarar todos los pormenores de la intervención²⁴. El experimento, supuestamente consistía en la introducción de un pedazo pequeño de esponja, previamente hervida y untada de aceite a través de la nariz²⁵, que posteriormente pasaba a la cavidad oral y luego al esófago. La función que se atribuía a la esponja era la de limpiar las zonas más afectadas, arrastrando a su paso toda la materia carnosa en estado putrefacto. El aceite hacía funciones de lubricante, de antiséptico y además, evitaba que la porosidad de la esponja atrajese otros fluidos corporales y se hinchase, pudiendo obstruir o dañar el aparato digestivo. De ahí que hacían beber aceite a Casti de manera continua. En las tres semanas siguientes al experimento, el abate aseguró que no había tenido molestias, por lo que era de esperar que los jugos gástricos del estómago hubiesen descompuesto la esponja. El paso de los días determina que este fastidioso remedio tampoco

²³ Como se verá más adelante, en la cita del texto italiano (Casti, 1984: 301-302), el perro no logró sobrevivir al experimento.

²⁴ La ausencia de texto me planteaba una serie de dudas relativas al procedimiento inicial del tratamiento para restituir la voz de Casti. Afortunadamente he tenido a mi disposición la ayuda de un médico amigo mío, el Dr. David Palacios, que con sus explicaciones me 'encaminó' para llegar a una aproximación más o menos cercana a lo que debió de acontecer.

²⁵ Es necesario recalcar que el tamaño de la esponja debía ser bastante pequeño, sobre todo para poder discurrir a través de la nariz sin formar un tapón a la altura de los cornetes nasales. Para una profundización en el tema y, sobre todo para una visualización de las zonas afectadas por el mal venéreo de Casti, resulta de gran ayuda la consulta de la sección primera del *Atlas de anatomía humana*, de Frank H. Netter (1999).

ha funcionado y los efectos secundarios en la voz, anteriormente descritos, acompañarán a Casti durante toda su vida²⁶. Así lo cuenta el propio abate a su amigo Kaunitz:

[...] *con olio o con grasso si rduce alla grossezza d'una noce, s'inzuppa di sale, che costringendo il cane a bere più dell'ordinario, la spugna non solamente riprende la sua figura, ma si dilata molto di più, con che il cane crepa avendo egli inoltre l'intestino più stretto dell'umano. Il pozzo ch' io ingoiai, era come una noce assai piccola, ed era stato prima bollito, onde o pochissimo o nulla potea dilatarsi di più, e que di più che potea dilatarsi, l'avea già fatto per l'umidità contratta nel dutto nasale ove era collocato, sicché essendo con tanta facilità passato per l'esofago, che è il passaggio più stretto per cui dovea passare, più facilmente ancora sarebbe passato per gli altri. [...] Nonostante mi fece replicatamente bere dell'olio, perché rendesse il turacciolo più sdruciolevole a passare, e inbevendosene escludesse l'inzuppamento d'altri umidi. E in verità sono ormai tre settimane, e non ho sentito mai il minimo incomodo, e a questa ora crederei che se avesse dovuto darmelo, me lo avrebbe dato. [...] la gente s'avvezza poco a poco a udirmi senza noia e rincrescimento.* (Casti, 1984: 301-302).

Todos se han acostumbrado a su tono de voz en Milán, pero Casti teme ahora ser objeto de burla en sus viajes por el extranjero, donde todavía no están habituados a escucharlo. Por ello, no rechaza la posibilidad de viajar a Londres o París para experimentar nuevos métodos de curación, siempre y cuando no sean de riesgo y puedan deteriorar aún más su maltrecha voz. Ha engordado bastante, tampoco oye prácticamente nada por el oído derecho, pero esos problemas no parecen inquietarle en demasía. Su gran preocupación sigue siendo su voz “obscena”, como él mismo la califica. Las damas se sienten atraídas por tal defecto e incluso las mujeres más bellas de Milán quieren tenerlo a su lado. Casti dice que a menudo trata de concederles sus favores... como si no hubiese tenido ya bastante sufrimiento.

A finales del mes de septiembre de 1783, Casti inicia un viaje con destino a Viena, donde lo recibe el emperador. El abate le cuenta en una carta (Viena, 20-XI-1783) a su amigo de Milán Antonio Greppi que en Viena ha recibido un buen trato por parte del emperador, que le ha proporcionado dinero y que incluso se ha interesado mucho por su problema. Casti no ha podido recompensarle recitando sus *Novelle*, porque por desgracia su tono de voz no se adapta bien al oído. Cuenta Casti que nada más llegar a Viena, muchas veces le hubiera gustado tomar parte en algunas conversaciones interesantes, en las que posiblemente hubiese podi-

²⁶ En la actualidad, los antibióticos han relegado estos métodos tan “cruels” a un recuerdo histórico. Si Casti hubiese vivido en nuestro tiempo, desde luego que no hubiese tenido que pasar por toda esta serie de tormentos. El descubrimiento de la penicilina por el Dr. Fleming (1928) cambió por completo el tratamiento de la sífilis, que ha dejado de ser una enfermedad altamente mortal. Acerca de la visión actual de la sífilis y de los actuales métodos de curación, resulta de especial interés el artículo de los doctores José Luis López-Hontangas y Juan Frasset Artes, titulado “Sífilis: una revisión actual”, publicado en internet, en la página web: www.seimc.org/control/revi_Sero/sifilis.htm

do aportar datos importantes o bien animar el diálogo y tomarse la complacencia de leer o recitar alguna de sus composiciones, pero no lo hizo. Tuvo que reprimirse y, tras muchas reflexiones, definitivamente admitió que no existían remedios para mejorar su voz —hasta ahora todos habían resultado baldíos—, así que había llegado la hora de tomarse las cosas con humor, porque él al menos había tenido la suerte de ser una persona alegre. Pronto comenzó a conversar y a participar de estas tertulias y descubrió que en general todos lo acogieron bien y en seguida se acostumbraron a su tono de voz, surgiendo apenas algunas ‘risitas’ entre las personas más indiscretas²⁷.

A pesar de estas reconfortantes muestras de afecto, hubo otros personajes contemporáneos —sobre todo en Italia— que siguieron atacando a Casti ferozmente, muchas veces de manera injustificada, llevados quizá por la envidia, o por el hecho de ganarse los favores de determinados personajes poderosos. Resulta especialmente significativo, por su dureza y por su falta de ‘humanidad’, el ataque profenido por otro abate, el lombardo Giuseppe Parini, mediante el siguiente *sonetto caudato*²⁸:

*Un prete, brutto, vecchio e puzzolente,
dal mal venereo tutto rosso e guasto,
e che, per bizzarria dell'accidente,
dal nome del casato è detto casto;*

*un che ha scritto novelle in cui si sente
dell'infame Aretin tutto l'impasto,
ed un poema sporco impertinente
contro la Donna dell'impero vasto;*

*che, sebbene senz'ugola è rimasto,
attorno va recitator molesto
oscenamente parlando col naso;*

*che da gli occhi, dal volto, e fin dal gesto,
spira l'empia lussuria ond'egli è invaso
quel satiro procace e disonesto;*

*Sì, questo mostro, questo,
è la delizia de' terrestri numi.
Oh che razza di tempi e di costumi!*

Como ha quedado demostrado, la tremenda vitalidad de Casti y su sentido del humor fueron elementos clave en su recuperación, porque Casti no murió como consecuencia de la sífilis. Es más, vivió 22 años más después de la aparición de la enfer-

²⁷ Cuenta Casti que curiosamente encontraba mayores escollos cuando hablaba con gente noble, de alta estima social, a pesar de que tenían una mayor formación intelectual. En cambio solía encontrarse más cómodo cuando estaba rodeado de gente con un grado social algo más bajo, puesto que encontraba más libertad para expresarse.

²⁸ Soneto recogido en *Poesie varie e frammenti in verso* (Parini, 1925: 430-431).

medad, ya que murió en 1803, poco antes de cumplir los 82 años, más o menos el doble de la esperanza de vida de la época²⁹. A diferencia de otros personajes ilustres que padecieron la sífilis y que tomaron drogas para mitigar los dolores o se quitaron directamente la vida, Casti siempre luchó por curarse, de ahí toda la serie de tormentos que pasó³⁰. Llegados a este punto puede surgir la siguiente pregunta: si Casti sobrevivió al mercurio y sus efectos altamente tóxicos, a las peligrosas intervenciones quirúrgicas, a la sífilis y, en suma, a numerosas ‘torturas’ para lograr la curación ¿a consecuencia de qué murió este portento de la naturaleza? Pues parece ser que la muerte le sobrevino a causa de una indigestión provocada por una cena opípara en casa del embajador español en París, José Nicolás de Azara³¹.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARCE, Ángeles: (1997): “Una de las *Novelle Galanti* de Casti en una traducción inédita en castellano”, en *Cuadernos de Filología Italiana* n. 4, pp. 143-161; Madrid: Universidad Complutense.
- (2000): “Reflexiones sobre la fecha de nacimiento de Giambattista Casti”, en *Cuadernos de Filología Italiana* n. 7, pp. 115-138; Madrid: Universidad Complutense.
- CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián (1849-1850): *Historia de la vida civil y política del magnífico caballero español D. José Nicolás de Azara, Marqués de Nibbiano, Gran Cruz y Ballío de la Orden de Malta, Gran Cruz de la de Carlos III, etc, etc...*; tomo II; Madrid: Imprenta de don Baltasar González.
- CASTI, Giambattista (1984): *Epistolario*, a cura di Antonino Fallico; Viterbo: Amministrazione provinciale.
- FALLICO, Antonino (1984): *Introduzione a Giambattista Casti*; Viterbo: Amministrazione provinciale.

²⁹ Otros literatos italianos contemporáneos a Casti fueron también octogenarios. Podríamos citar como ejemplos notables –sin abandonar el marco del *Settecento*– a Metastasio, Goldoni y Lorenzo Da Ponte.

³⁰ Entre los grandes personajes ilustres que padecieron la sífilis podemos citar al emperador romano Tiberio, los Papas Bonifacio VIII, Alejandro VI y Julio II, los reyes Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia, Felipe II, Felipe IV y Carlos II de España, el zar Iván “el terrible” y otros muchos. También la nobleza denominada ‘menor’, la música, pintura o la intelectualidad, acogieron a ilustres sífilíticos: El Marqués de Sade, Lord Randolph Churchill (padre de Winston Churchill), los músicos Listz, Schubert y Beethoven, pintores como Goya, Van Gogh o Gauguin, escritores como Shakespeare, Guy de Maupassant, Lord Byron, Sthendal, James Joyce, Rimbaud, Verlaine, Nietzsche, Oscar Wilde, Baudelaire... De entre políticos y mandatarios podríamos citar a Abraham Lincoln y su esposa Mary Todd, Lenin, Hitler o Mussolini. Incluso el *capo* mafioso Al Capone contrajo la enfermedad.

³¹ A pesar de la gran amistad que les unía a Casti y a Azara, no tenemos constancia de ninguna correspondencia entre ambos, aunque debió de existir, con toda seguridad. En este caso, a diferencia de otros no sería lógico pensar que el propio Azara hubiese determinado la destrucción de esas cartas, más y cuando él personalmente, por la citada amistad que les unía, se ocupó de repartir diligentemente la herencia de Casti entre sus familiares (Castellanos de Losada, 1850:206).

- FRACASTORO, Hieronimus (1863): *La Syphilis: poema latino / de Gerónimo Fracastor*; traducido al castellano e ilustrado con notas por Luis María Ramírez y de las Casas-Leza; Madrid: Imprenta de de José M. Ducazal.
- JURETSCHKE, Hans y KLEINMANN, Hans-Otto (1970-1988): *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III. (1759-1788). Despachos de los representantes diplomáticos de la Corte de Viena acreditados en Madrid durante el reinado de Carlos III (1759-1788)*; Madrid: C.S.I.C. y Deutsch-Spanisches Forschungsinstitut der Görres-Gesellschaft.
- LÓPEZ-HONTANGAS, José Luis y FRASQUET ARTES, Juan (s. f. 2000-2002): “Sífilis: una revisión actual”; Valencia: Hospital La Fe, Servicio de Microbiología. Publicado en internet: www.seimc.org/control/revi_Sero/sifilis.htm
- NETTER, Frank H (1999): *Atlas de anatomía humana*; East Hanover, N J: Novartis.
- NIGRO, Salvatore (1979): “Casti, Giambattista”, en *Dizionario Biografico degli Italiani (D.B.I.)*; Roma: Treccani, vol. 22, pp. 26-36.
- PARINI, Giuseppe (1925): *Tutte le opere edite e inedite di Giuseppe Parini*, a cura di Guido Mazzoni; Firenze: G. Barbèra Editori.
- RENOUARD, Pierre Victor (1871): *Historia de la medicina desde su origen hasta el siglo XIX*; Salamanca: Imprenta de D. Sebastián Cerezo.